
* MEJICO PACIFICADO *

CAPITULO VIII.

Cómo se Progresa en Méjico.—El Precio de la Libertad.—
Los Auxiliares de la Tiranía.—La Obra de “El
Temor.”—“Política Díaz” en la
Frontera del Norte.

Con mano firme, pero sin hiel ni encono, hemos venido bosquejando algunos de los actos públicos, de los dos caudillos prominentes de la Revolución de Tuxtepec, que dió principio en Méjico á la nueva era de militarismo.*

Al diseñar sus caracteres respectivos, hemos procurado no alterarlos; si el pincel ha sido torpe, nuestra intención, ahora como siempre, fué leal y honrada. La malicia quizás nos moteje, porque aquí no se reseñan las páginas de gloria conque el Sr. General Díaz ha enriquecido la historia patria; pero tampoco nos propusimos la ingrata, más aún, la inútil tarea de pretender opacarlas. Como militar, como patriota, el General Díaz se destaca con personalidad poderosa en los fastos patrios; no necesita nuestros encomios, no le hace falta el incienso de los que ahora oprime, para abrillantar un pasado que es casi una epopeya: el peso de la corona invisible que ahora lleva sobre sus blancos cabellos, corona de oro y pedrería como la de los reyes, pesa menos, mucho menos en el corazón de los mejicanos, que aquella otra de encino y laurel, que ganó *Ulián-*

*Ni aquí, ni en otra parte de esta obra, se toma la palabra “Militarismo” en su acepción absoluta, sino en la de “dirección política de los militares, con sujeción relativa al formulismo de la ley escrita.”

do como bravo en los campos históricos de Miahuatlán y la Carbonera.

Para ser consecuentes con el plan de esta obra, insignificante quizás pero bien intencionada, fué necesario restaurar el medio en que los narrados sucesos y otros posteriores, se han venido desarrollando; y para esto, preciso era establecer la relación de causa y efecto, entre aquéllos y los hombres que fueron parte á que se realizaran. Los caracteres humanos se atemperan estrechamente al medio; no hay en estos generación espontánea: Cesar no hubiera sido posible, cuando Cicerón fulminaba á Catilina y á Cetego; ni se concibe á un senador de los tiempos descritos por Juvenal, discutiendo ingeniosamente sobre la manera de cocinar un rodabalo, cuando la dignidad en el gobierno y ciudadanos aún florecía en Roma.

Para estudiar al personaje principal de este libro, era indispensable describir el medio que viable le hizo, y sus relaciones ó vínculo psicológico, con quienes le exaltaron y mantienen al frente de una entidad federativa, para desdicha y ruina de sus gobernados.

No es un misterio para nadie, que esté algo enterado de la política general y en particular de la de Nuevo León, que el Sr. General Reyes se gloria de ser, más que discípulo aprovechado, trasunto fiel del actual Presidente. Pretende serle igual en carácter, en tendencias, en recursos político-militares y en su Sistema de Gobierno.

Y nótese que no somos nosotros los que lo decimos. Llenaríamos muchas páginas, si á repetir fuésemos aquí, siquiera las frases en que dicha aserción se estampó en "El Espectador," "Siglo Nuevo" y "Voz de Nuevo León" (periódicos del General Reyes), desde el "2 de Abril" hasta el famoso Decreto de Amnistía. Fué entonces recurso periodístico trivial, entre los redactores de las publicaciones mencionadas, emplear con frecuencia el nombre del Sr. Gral. Reyes, invariablemente precedido de altisonantes epítetos laudatorios. Más nunca alusión se hacía á especiales méri-

tos suyos, jamás designábasele por obras del momento, sino para parangonarle con el Sr. Gral. Díaz.

Reyes, al decir de ellos, era el "brazo derecho" del Presidente—como reza la frase vulgar,—el colaborador celoso é infatigable de su política, el único hombre en la República, capaz de comprenderle y secundarle en sus complicados planes de Gobierno. La salud de la Patria, estribaba en la unión estrecha de esos dos hombres; en el contacto de esas dos inteligencias privilegiadas, de esos dos espíritus fuertes, de esos dos corazones bien templados en las fraguas de la guerra y en que esas dos grandes almas se uniesen y confundieran en una sola. El Sr. General Reyes contaba de antemano (al decir de sus periódicos), con la aprobación del Sr. Presidente para todos sus actos; y lo que es más, como quiera que éste necesitaba (para que la cosa política caminara sin tropiezo por los carriles de la paz), de la cooperación del Gobernador de Nuevo León, éste tendría "carta blanca" para disponer del Estado como de cosa propia, sin consultar siquiera al Jefe Supremo:—en quien de hecho vinculan ahora, todos los privilegios concernientes á la soberanía de los Estados Unidos Mejicanos.

También durante aquellos meses, principalmente, con frecuencia *¡incredibile dictum!* frente á la personalidad meramente militar del ex-ministro de la Guerra, se colocó, para medirles estaturas políticas, la figura modesta, civil hasta donde es posible serlo, del actual Secretario de Hacienda. "El Espectador," y otros periódicos reyistas, que en tan sabrosas esgrimas empleaban sus ocios, gozaban, y aún se divertían verificando tales comparaciones, como que era natural que de ellas la brillante figura del Sr. General Reyes, resultase aún más charoleada. "*Plus grand seigneur,*" como decía Sainte-Beuve, aludiendo al proceso del autor de "Madame Bovary."

En primer lugar, el Sr. General Reyes tenía la ventaja inapreciable de "no ser hijo de francés," sino oriundo de tierra tapatía, y por ende, de mejicanismo indiscutible. Viene después la consideración seria, de que el Sr. Limantour jamás ha servido "á su patria *adoptiva*" (textual), pues en

la historia moderna de Méjico no se le encuentra, ni mucho menos, ganando batallas contra franceses y traidores. Ni tampoco fué él quien venció á Ramirez Terrón y destruyó las chusmas de Heraclio Bernal, ni quien hizo en Sonora elecciones á su antojo, ni quien "tiñó con la púrpura de su sangre las campiñas de Querétaro."

Cierto es, que el Sr. Limantour, ha hecho *algo* en Hacienda, y *algo* le ha ayudado al Sr. Grl. Díaz en la reorganización de la Hacienda Pública y afianzamiento del Crédito Nacional; pero ¿puede eso, por ventura, compararse á la labor inmensa del gobierno Reyes, en el Estado de Nuevo León?

Está probado también, que el Sr. Limantour carece de energías.—Verbigracia: los redactores de "El Demócrata," hace algunos años, le calumniaron con motivo de ciertas operaciones Bancarias. • Siendo ya Secretario de Hacienda, el Sr. Agente del Ministerio Público, intentó proceder de oficio contra los calumniadores; mas, lejos de parecerle bien eso al *debil* Ministro, descendió hasta proponer á sus detractores que pasaran en comisión á examinar los libros de Hacienda respectivos, así como los de la casa Bancaria en que hasta poco antes de hacerse cargo de la Secretaría de Hacienda, se hallaba interesado.

El Sr. Grl. Reyes; en trance semejante, hubiera obrado de muy distinta manera. En primer lugar, jamás hubiera echado en olvido la dignidad del cargo, y lejos de rebajarse hasta el grado de dar satisfacciones, sobre asuntos tan delicados, á media docena de pendolistas, hubiera hecho caer sobre sus cabezas el hacha de la ley, con todo el rigor que ésta permitiese en los tiempos pacíficos que atravesamos.—No; entre el Sr. Grl. Reyes y el Lic. Ives Limantour no cabe comparación alguna en serio. Porque . . . "Allons, saute, Marquis."

Queremos prevenir otro cargo. Los admiradores incondicionales del actual Presidente, extrañarán que demos punto al estudio de la marcha financiera del país, en los momentos mismos en que por el favor de la paz, "mecánica" ó no, las actividades industriales del país cobraban nuevos vuelos: el comercio, la minería y la agricultura entraban en un pe-

riodo de progreso franco, y lo que es más, se cimentaba sobre bases sólidas el Crédito Público.—Todo esto es verdad, y aún pudiéramos añadir, que desde que el Sr. Grl. Díaz se hizo nuevamente cargo del Gobierno, después de la Administración González, mostró singular acierto en la formación de su gabinete, y se dedicó con plausible energía, á realizar en parte la aspiración noble del ilustre Lic. Matías Romero, es á saber, consagrar mayor tiempo y cuidado á las cuestiones económicas y financieras, que á las meramente de especulación política.

Otro desideratum del Ministro Romero fué, asimismo, la "Nivelación de los Presupuestos" y á ella hizo alusión en alguna de sus Memorias, "*d'une facon touchant,*" en estos ó parecidos términos: "La Administración que logre resolver de una manera apropiada, todas las cuestiones hacendarias pendientes, hará un bien inestimable al país y será bendecida y aclamada por las generaciones venideras, con el mismo entusiasmo que la que salvó á la Nación de las complicaciones de la intervención extranjera."

Pues bien, asentémoslo sin vacilación: la Administración del Sr. Grl. Díaz, eficazmente auxiliada por un Secretario de Hacienda de singularísimas aptitudes, se ha hecho acreedora á esa gratitud á que en términos tan elocuentes se refería el notabilísimo estadista y diplomático mejicano.

¿A qué precio hemos comprado el beneficio?—Ya durante la presidencia de D. Sebastián Lerdo de Tejada, se veía próxima la época en que se lograra la ansiada nivelación de los presupuestos; desgraciadamente sobrevino la revolución de Díaz, y los planes hacendarios cayeron por tierra. Fué que el Sr. Lerdo ignoró siempre, que el secreto de la conservación de la paz, menos que en leyes sabias, puede encontrarse en el puntual pago de las listas civil y militar, en una Tesorería repleta; poco importa la procedencia del numerario.* Más diremos; á juzgar por procedimientos hacendarios posteriores, parece que en esta materia tiene también aplicación la máxima literaria, que sinceró las excursiones de Catulo, Fedro, Virgilio, y tantos otros, por campos grie-

*"La paz es el dinero." Gomez Pedraza.

gos: "Tomar de los nacionales es robo; tomar de los extranjeros es conquista." Y si á lo anterior se añaden las precauciones pertinentes, á fin de que la voluntad y hasta la opinión del pueblo queden nulificadas en absoluto, ó á lo más, dejando de ellas sólo un trasunto "presentado oficialmente," y *dosificado*, si vale decir, en cada ocasión, como los alcaloides venenosos, entonces se simplifica extraordinariamente la acción gubernamental. Supóngase que hacen falta \$100,000,000 para poner á flote la barca del Erario. Pues, con el pretexto de una "Deuda Antigua de Londres," ó cualquier otro, se dan de logro otros \$100,000,000, y no faltarán Shylocks en el mundo que emprendan el negocio, así sea con la nación más desprestigiada; máxime en estos tiempos de retrocesión semi-bárbara, en que las grandes potencias suelen enviar cañones y acorazados para cobrar sus cuentas, como aconteció en Mosquitos y Venezuela.

Y si á pesar de aquellas precauciones el pueblo da señales de vida y se galvaniza el cadáver, en este caso extremo, la "energía en la política exterior," que aconsejaba Blain á la Nación del Norte, se aplica á la interior, y una "moderada acción de terrorismo," como la de 25 de Junio de 1879 ó la de 2 Abril de 1903, está probado que produce los resultados apetecidos.

La Nivelación de los Presupuestos se obtuvo, no es de negarse, la República ha progresado de una manera ostensible; tenemos ferrocarriles y telégrafos, que transportan nuestros productos á los mercados de consumo y nos ponen en comunicación rápida intelectual con el mundo entero. La agricultura y la minería han cobrado considerables creces, nuevas industrias se han implantado en diversas ciudades dándoles vida y estímulo; el crédito nacional se halla bastante bien en el exterior, atentas las deficiencias de nuestro talón monetario; se han practicado en Hacienda operaciones, como la Conversión de la Deuda al 5 %, que honran al país; pero, ¡ah! ¡cuántos informes semejantes han podido rendir á sus súbditos los grandes opresores de la tierra! ¡Ellos han podido añadir imperios á sus dominios, sembrar los mares con sus triunfales flotas, poner á contribución todas las naciones

para multiplicar el número de sus comodidades, convertirse en *Padres del Pueblo* para repartirle alimento y proporcionarle placeres, fomentar el comercio, la industria y la agricultura, edificar grandiosas ciudades con construcciones soberbias y templos "que las aproximan á los dioses," según la frase de Rutilio, rodearse de todo el fausto de la opulencia, del poderío, de la riqueza, exclamar como el más perverso de los Emperadores romanos: "Recibí á Roma de piedra, y os la devuelvo de mármol;" pero, ¿y el honor, y el amor de patria, y el sentimiento divino de la libertad,—que es el don más preciado del hombre,—y la dignidad del ciudadano, y el respeto de nosotros mismos?

No; nada de eso dan, ni consienten, los autócratas. El circo de su prosperidad mecánica, voluntariosa, no se ha hecho para hombres que piensan y sienten; sino para marionetas sin cerebro ni corazón. A tal precio se compran sus dones: son los "sepulcros blanqueados" de la Biblia.

El Sr. Grl. Díaz, al imponernos la paz por el ministerio de sus generales que gobiernan despóticamente los Estados, fuerza es decirlo para contrabalancear sus méritos con sus malas obras, no ha elevado, ni poco ni mucho, el nivel moral de los mejicanos. Tiránías *moderadas*, como la suya, la de Pericles, la de Augusto, la de los Médicis en Florencia, los Visconti en Milán, los Este en Ferrara, los Gonzaga en Mantua; las de Luis XIV en Francia, Felipe IV en España, y aún la misma de Napoleón I, han llegado hasta producir un florecimiento literario y artístico; pero jamás sirvieron para que sus gobernados fuesen más dignos y para que descollasen por sus virtudes cívicas.*

Hasta militares ilustres producen las tiránías; pero nunca ciudadanos merecedores de tal nombre, en los cuales el amor y la salud del pueblo, prime sobre los favores y corruptelas del poderoso. Y cuando estos hombres aparecen, es porque la evolución se aproxima: los tiempos cambian.—No debemos, ciertamente, al Sr. Grl. Díaz, *un renacimiento literario*, como Grecia, Roma, Florencia, Ferrara, Milán,

*El Ariosto, por no citar más que uno, hace descender á sus príncipes de Rolando y otros personajes de la leyenda heroica medioeval.—? Y los Sforza, reputados por los ingenios de su Corte como descendientes de Angelo, el héroe troyano? . . .

Francia y España, debieronlo á sus Reyes, Papas y Señores referidos; no: nuestra literatura está en plena decadencia; más decaída que durante el gobierno virreinal!* En cambio, todos, ó la mayor parte de los pendolistas que al señor Presidente admiran y le sirven con fidelidad, gozan de toda clase de preeminencias y grangerías. Para ellos son las curules, para ellos los pingües empleos, los cargos de confianza y honoríficos: toda la protección del Jefe Supremo, *Summo Imperator*. ¡Y cómo nó!—¿Por ventura no son los escritores que se prostituyen, el auxiliar más poderoso de la tiranía? ¿No son ellos los encargados de engañar al pueblo y sincerar los desmanes del Autócrata? ¿Quiénes, sino ellos, son los designados para loar sus actos más inicuos? ¿Por ventura no llevan su abnegación hasta poner sordina á su conciencia, y hacer que la mano que escribe, bastardee los impulsos nobles del sentimiento, de la ilustración y del honor?—No hay medio: á un escritor de ese moldaje, fruto natural de los gobiernos despóticos, ó se le arroja á las letrinas del desprecio, animal asqueroso, ó se le colma de honores y beneficios.

Lucrecio aseveraba en un famoso verso—*Prius in orbis deus fecit timor*—que los primeros dioses del mundo fueron hechos por *el temor*. “El temor” hizo también de Díaz, el grande hombre que en la actualidad maneja á su sabor los destinos de Méjico. El “temor” ha sido en sus manos, una barilla de hipnotizador que calma las efervescencias del espíritu que reacciona, y apaga la protesta en los labios de los que sufren. Difundir el “temor” en todas las clases sociales de toda la República, fué para el Sr. General Díaz una empresa de organización delicada. Hacían falta instrumentos dóciles, dotados de la impasibilidad del hacha, de la rudeza de su golpe, y de la obediencia muda de la máquina. Estos, á buen seguro, no deberían encontrarse entre los letrados,

*Véanse las “BIBLIOTECAS,” de Eguera y Berinstáin, (la primera de las cuales fué traducida por el padre Vera, y aún no se ha publicado completa), así como varios de los opúsculos de García Icazbalceta.

Hacemos constar que en la Biblioteca Nacional de Méjico, existen dos volúmenes inéditos de la obra de Eguera. De este autor se ha extraviado la obra “*Selectae Disertationes Mexicanae*,” que alguna vez tuvimos en nuestras manos.

que discuten y aquilatan; sino entre los militares que callan y obedecen.

Y así fué cómo, habiendo colocado un general al frente de casi cada uno de los Gobiernos de los Estados, pudo el Sr. General Díaz hacer que leyes *ad hoc*, verbigracia la de 17 de Mayo de 1885, sobre Suspensión de Garantías Individuales, produjesen innumerables charcas de sangre *rebeldes* en toda la extensión de la República, y, so color de perseguir empedernidos criminales, motivasen terribles hecatombes, que justificaron el “temor” entre los sobrecogidos ciudadanos. Y de este “temor” á una sumisión fisiológica, y de esta sumisión á un amor artificial al orden de cosas reinante, y de este amor al entusiasmo ficticio y corrompido del político incondicional, el camino es llano. Llano, lo es, pero nó ascendente; porque no se asciende al abismo, aunque este sólo sea de corrupción y de vergüenza.—Las cárceles, las mazmorras, las bartolinas en que penan los monstruos humanos sus nefandos crímenes, vinieron á la vez en auxilio del General Presidente: y de esta manera logró, (mediando un terror edificante), *convencer* á Méjico, primero, y al mundo más tarde, que él y sólo él era el destinado á labrar la felicidad de la República, y que feliz la haría, aunque para ello fuese preciso aherrojar al pueblo, y aplicar la “Ley Fuga” á todos los enemigos de su gobierno y de su política.

Veamos ahora, cómo esa política “Díaz” de “terror y de progreso material,” ha venido desarrollándose, hace dieciocho años, en una de las fracciones más importantes de la República Mejicana.

Abandonemos la Capital y al Presidente, para volver la vista á la Frontera del Norte.

